

JAVIERITO Y RAFAEL

Por Santiago de Anta (*)

JAVIERITO había pasado aquella tarde del 5 de enero en una espera impaciente que alargaba eternamente los minutos. Ni más ni menos que lo que les sucedía a todos los demás niños en tan memorable fecha.

Contento, contento, sí que lo estaba. Pero no tanto como en años anteriores. Bastaba observarle un poco para descubrir en su semblante carnos, tan risueño, un pequeño mohín que le daba un cierto aire de preocupación.

Como de costumbre, aquella tarde, apenas terminada su jornada escolar, se había refugiado en el pequeño aposento donde pasaba sus ratos de juego y había diseminado por el suelo, igual que los demás días, sus soldaditos de plomo, y su tren mecánico, y sus caballitos, y sus escopetas. Pero dos o tres veces, durante el transcurso de la tarde, se había incorporado, dejando abandonados sus juguetes, para encaminarse hacia el balcón y quedarse unos momentos recostado contra los cristales, mirando a la calle, con gesto distraído.

Una de esas veces, pausado y meditabundo, salió del aposento de sus recreos, recorrió el estrecho pasillo y penetró en el cuarto de costura donde Guadalupe, la vieja criada, planchaba y repasaba la ropa de la casa.

-Oye, Lupe- se resolvió a preguntarle un ratito después de haber entrado-. ¿Verdad que, aunque Rafael ya no viva en el piso de arriba, los Reyes le llevarán también sus juguetes?

-Claro que sí- le respondió Guadalupe.

Y después de haberse quedado pensativo unos instantes, añadió en tono de duda:

-Bueno. Yo creo que sí, ¿sabes? Pero no me extrañaría que se olvidaran de él. Porque como se ha quedado sin papás y ha tenido que irse a vivir con sus tíos, que son muy pobres y viven en aquella casita de las afueras, tan lejos...

Lejos sí que era. Casi donde se acababan las calles de la ciudad. Y que los tíos eran pobres, también Javierito lo sabía. Precisamente, no hacía más que unas semanas que su mamá le había llevado un día con ella a visitar al infortunado Rafael., y Javierito recordaba que en una de las pausas de sus correrías por el minúsculo jardín, Rafaelito, con gesto compungido, le había referido la estrechez en que vivían

¿Sería posible que los Reyes se olvidaran de su amiguito Rafael? ¿Le dejarían sin juguetes aquel año por no saber que había cambiado de casa?

La respuesta de la vieja sirvienta aumentaba la incertidumbre en que el bueno de Javierito venía devanándose. Y, como es natural, su semblante denotaba, de momento en momento, una mayor preocupación y hasta un poquito de tristeza.

Ya en la mesa su mamá, que había regresado de paseo con papá poco antes de dar principio a la cena, advirtió algo anormal en el rostro del niño.

-Javierito, hijo mío -le dijo-. ¿Qué tienes? ¿Te duele algo?

-No me duele nada, mamá. Solo es que tengo pocas ganas de comer-le contestó él.

Y su papá comentó:

Habrás merendado tarde.

Luego, como todas las noches, besó primero a mamá, besó a continuación al papá y, después de haberse desnudado con ayuda de Guadalupe, de haber rezado las oraciones acostumbradas, se acostó y cerró sus ojos como si durmiera. Pero en cuanto la criada, creyéndole ya en sueños, salió de la habitación, Javierito saltó de la cama, cogió un papel y un lápiz de su estuche de dibujo y, a la luz de la pantalla, sobre su mesita de noche, fue escribiendo, trabajosamente, estas palabras:

"Queridos Reyes Magos: que no os olvidéis de Rafael, que ya no vive en el piso de arriba, que se quedó sin papás y se fue con sus tíos, que viven en una casita de las afueras"

Y después de releerlas tres o cuatro veces, buscó por toda la habitación un sitio conveniente para que la cartita no pasara desapercibida cuando los reyes hicieran su aparición en ella y por fin la dejó cuidadosamente sobre sus zapatos, satisfecho de haber hallado un lugar bien visible. Hecho lo cual, corrió de nuevo hacia su cama, se encarama a ella de un salto, y a los pocos momentos se quedó dormido, esta vez de verdad.

Cuando al día siguiente muy de mañana, abrió los ojos, no pudo reprimir el palmeteo de alegría de todos los años, al ver a sus pies el montoncito de juguetes que los magos le habían dejado. Y entre ellos, un papelito muy enrollado y sujeto con una cintita azul, que Javierito, intrigado, se apresuró a desatar.

Y deletreando, deletreando, leyó:

-Querido Javierito: Tranquilízate. No nos hemos olvidado de tu amigo, Rafael tiene también, como tú, los juguetes de todos los años.

Y lo firmaban Melchor, Gaspar y Baltasar.

(*) Periodista y combatiente de la D. A.- Publicado en *La Prensa*, de diciembre 1956.

